

Bocetos de una gramática liberal: de la glorificación del trabajo agrícola a la consagración simbólica de los Andes

MARÍA ALEJANDRA ZAMBRANO

Investigadora independiente

RESUMEN

El presente artículo se enfoca en las contradicciones del proyecto nacional ecuatoriano de principios del siglo XX en cuanto pretende subsanar identidades en conflicto dentro de las nuevas configuraciones sociales y espaciales. Para ello se examina la forma en la que Luis A. Martínez reconoce la ambivalencia de la modernidad al punto de confeccionar sus obras como alegorías de fallidas comunidades imaginadas. Tanto sus catecismos de agricultura como su novela *A la costa* (1905), además de contribuir a los debates intelectuales de la época sobre la participación del país en el moderno sistema-mundo capitalista, testimonian las contradicciones existentes dentro del liberalismo como ideología hegemónica. De ahí que los textos arriba mencionados sean considerados como bisagras que vislumbran lo nacional en lo liminar aunque todavía sin subvertir los desencuentros entre la clase dominante y la subalterna.

PALABRAS CLAVE: Estado nacional, nación, Luis A. Martínez, *A la Costa*, Revolución liberal, novela ecuatoriana, comunidades imaginadas, identidades.

SUMMARY

This article focuses on the contradictions of the Ecuadorian national project at the beginning of the 20th Century, related to how it intended to address identities in conflict within the new social and spatial configurations. In order to do so, it examines the manner in which Luis A. Martínez recognizes the ambivalence of modernity to the point of making his work into allegories of imagined failed communities. As such, his agricultural catechisms such as his novel *A la costa* (1905), in addition to contributing to the intellectual debates of the era on the country's

participation in the modern capitalist world-system, witness the contradictions existing within liberalism as a hegemonic ideology. Hence the aforementioned texts are considered to be hinges that envision the national but still without subverting disagreements between the ruling class and the subaltern one.

KEY WORDS: National state, nation, Luis A. Martínez, *A la Costa*, liberal revolution, Ecuadorian novel, imagined communities, identities.

EN 1830, LA República del Ecuador nace fragmentada. Residuos de pugnas políticas y económicas iniciadas en la colonia y acentuadas durante la Gran Colombia se agudizaron a lo largo del siglo XIX. La crisis productiva de Quito y la sierra centro-norte provocó que el rol de las haciendas se limitara al abastecimiento del mercado interno. En Cuenca y la sierra centro-sur, en cambio, los esfuerzos apuntaban a buscar nuevos mercados internacionales para los sombreros de paja toquilla y lograr así cierta autonomía con respecto al resto del país. Mientras tanto la costa, sobre todo aquellas zonas aledañas al puerto de Guayaquil y al río Guayas, se orientaba cada vez más a la producción y exportación de cacao, provocando un acelerado crecimiento de la región. Este desarrollo dispar de las tres regiones generó no solo la atomización del poder político, sino también un heterogéneo modo de ver y entender la nación.

En cuanto al número de habitantes del territorio nacional, según un censo de 1825, más de medio millón de personas vivía bajo la jurisdicción del departamento de Quito.¹ Durante la última década del siglo XIX, la población ecuatoriana se calculaba en más de un millón, tres cuartas partes de la cual estaba concentrada en la Sierra.² Pese al aumento poblacional de dicha zona del país, la provincia costeña del Guayas se convirtió en la sexta más poblada y Guayaquil alcanzó a Quito en número de habitantes. Según Ángel Rojas, “la diferencia entre las relaciones de producción de la Sierra y la Costa [...] han motivado y está motivando un espectacular desplazamiento de la población ecuatoriana de la primera región hacia la segunda”.³ Este fenómeno fue fruto del proceso migratorio que —a diferencia de otros países latinoamericanos

-
1. A. Kim Clark, *The Redemptive Work: Railway and Nation in Ecuador, 1895-1930*, Wilmington, Delaware, Scholarly Resources Inc., 1998, p. 74.
 2. Enrique Ayala Mora, “Historia y sociedad en el Ecuador decimonónico”, en *Historia de las literaturas del Ecuador*, Quito, Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador/Corporación Editora Nacional, 2000, p. 21.
 3. Ángel F. Rojas, “La novela ecuatoriana: primera parte, 1830-1895”, en *Historiografía ecuatoriana*, Quito, Banco Central del Ecuador/Corporación Editora Nacional, 1985, p. 315.

como la Argentina o el Brasil– no alentó la migración extranjera, sino que estimuló la movilización interna de mano de obra. Así, los campesinos serranos se desplazaron a la costa en busca de empleo en las haciendas cacaoteras una vez que el sistema de obrajes entró en crisis. Cabe recordar que además, como explica Jean-Paul Deler, el movimiento migratorio también fue fruto de continuas catástrofes naturales –como terremotos y sequías– así como de disturbios militares y levantamientos indígenas que agravaron al atraso económico de la región andina.⁴

En general, la historiografía ecuatoriana sostiene que la costa fue desplazando paulatinamente a la sierra en su posición de eje de la economía. Mientras “los hacendados serranos trataban de detener la migración de trabajadores a la Costa, los plantadores del Litoral [...] trataron de atraerlos”.⁵ Esta pugna por la hegemonía económica provocó el debilitamiento de un poder político ya de por sí endeble,⁶ el mismo que estaba fraccionado en tres sectores: los ultramontanos (la derecha del garcianismo), los liberales católicos (progresistas) y los radicales. Tampoco hay que olvidar que, entre 1860 y 1875, la política se había desarrollado en torno a la figura de Gabriel García Moreno, presidente conservador y católico, cuyo asesinato en 1875 dio paso a una serie de gobiernos progresistas que impulsaron medidas más liberales, especialmente en el ámbito económico. Consecuentemente, creció la industria agroexportadora y de esta forma se sentaron las bases para lo que dos décadas más adelante se conocería como la Revolución liberal de 1895; movimiento radical liderado por Eloy Alfaro y con base social en las montoneras.⁷

Con el triunfo del liberalismo se promovió la transformación político-ideológica de mayores proporciones registrada en el país. Como explica el historiador Enrique Ayala Mora,

-
4. Jean-Paul Deler, *Ecuador: del espacio al Estado nacional*, Quito, IFEA/UASB/Corporación Editora Nacional, 2007, p. 233.
 5. E. Ayala Mora, “Historia y sociedad en el Ecuador decimonónico”, p. 34.
 6. Ayala Mora recuerda que “los criollos latifundistas que lideraron la separación de España tuvieron éxito al fundar el nuevo Estado y mantenerlo unido en medio de la inestabilidad inicial, pero no lograron consolidar un proyecto nacional como conductores de una unidad históricamente constituida que pondría las bases de un Estado-nación” (“Historia y sociedad en el Ecuador decimonónico”, p. 35).
 7. Las montoneras son los movimientos sociales más importantes del siglo XIX. Estaban compuestas por campesinos de la Costa o montubios. Surgen en 1825, y, aunque en un principio tenían carácter reivindicativo frente a la explotación de los hacendados, más tarde adoptaron un carácter político-liberal.

el estado recobró el control sobre amplias esferas de la Sociedad Civil que estaban en manos de la Iglesia. La educación oficial, el Registro Civil, la regulación del contrato matrimonial, la beneficencia, etc., fueron violentamente arrebatados de manos clericales y confiadas a una nueva burocracia secular. Del mismo modo, la Iglesia fue despojada de una buena parte de sus latifundios, mediante la llamada “Ley de Manos Muertas”.⁸

A la par de estas transformaciones, circulaba un discurso en ciernes que perseguía estrechar los lazos de filiación entre la sierra y la costa. Por este motivo, más allá de homogeneizar las prácticas gubernamentales en el territorio nacional, surgieron propuestas intelectuales para moldear la nación como una *comunidad imaginada*⁹ en la que el pueblo de ambas regiones se sintiera reflejado. Al respecto, A. Kim Clark señala que

Central to the liberal project was the effort to impose homogeneity on local, historically constituted diversity. Rather than homogenize identities, this project involved efforts to create homogenous administrative processes and to make state action felt evenly across the national territory.¹⁰

No obstante, para que estas acciones homogéneas fueran aceptadas en una nación fragmentada era necesario crear un campo discursivo dentro del cual se pudiera negociar las diferencias a la vez que subrayar –e incluso inventar– filiaciones simbólicas. El estudio que hace Clark de las conexiones entre la economía política y la cultura durante la época liberal en el Ecuador (1895-1925) demuestra el proceso de gestación de un “lenguaje de contención” que permitió que actores antagónicos llegaran a un consenso en cuanto a la integración del espacio nacional. Es así como la noción del ferrocarril como arteria de la integración económica también le proveyó a la élite ecuatoriana del campo discursivo y político para negociar sus propios intereses.¹¹ Si con la construcción del ferrocarril los serranos auguraban la circulación de sus pro-

8. E. Ayala Mora, “Historia y sociedad en el Ecuador decimonónico”, p. 21.

9. Para Benedict Anderson, la nación es una “imagined political community –and imagined as both inherently limited and sovereign” (p. 6). Es imaginada porque ninguno de sus miembros podrá conocer a sus compatriotas; es limitada porque tiene fronteras y soberana porque es libre. Finalmente, dice Anderson, es imaginada como comunidad porque implica camaradería entre sus miembros.

10. K. Clark, *The Redemptive Work: Railway and Nation in Ecuador, 1895-1930*, p. 11.

11. *Ibid.*, p. 37.

ductos en el mercado nacional, los costeños anticipaban una mayor movilización de mano de obra de la Sierra a las haciendas cacaoteras.

Parte de mi trabajo como crítica literaria se ha centrado en estudiar la manera en la que los proyectos políticos e intelectuales del Ecuador decimonónico perseguían la unificación nacional a través de la celebración de la fe católica, la incorporación del territorio oriental al imaginario nacional y la regeneración espiritual de la nación por medio de la educación de la mujer, entre otras estrategias retóricas. Siguiendo con esa línea de investigación, la intención de este artículo es proponer una lectura de la obra ensayística y novelística de Luis A. Martínez (1869-1909) como vehículo para analizar las contradicciones de la gramática liberal ecuatoriana.

Para ello, exploro dos ejes fundamentales del proyecto intelectual de Martínez. Por un lado, considero que los catecismos y tratados de agricultura que publicó entre 1897 y 1905 revelan su fe en el poder de transformación económica y moral del sistema agrícola serrano en contraposición al carácter mercantilista y degenerativo del modelo agroexportador costeño. Esta glorificación del trabajo agrícola dialoga con el interés de la clase liberal serrana por cambiar la percepción que se tenía de la región interandina: “[it] was also necessary for the highlands to be perceived as a source of national wealth and well-being rather than as a drag on national progress and development”.¹² En segundo lugar, sostengo que la representación del paisaje nacional tanto en la narrativa de Martínez como en su correlato pictórico articulan una visión de los Andes como síntesis de la nación liberal. Las descripciones panorámicas del Chimborazo, montaña que puede observarse ya sea desde la costa o la amazonía, lo significan como el símbolo que mantiene a la nación cohesionada. El paisaje –a diferencia del catolicismo del proyecto garciano que he explorado en otras ocasiones– sienta las bases simbólicas sobre las cuales opera el lenguaje liberal de contención y negociación.

12. *Ibid.*, p. 10.

IMAGINANDO AL ECUADOR A TRAVÉS DE LA AGRICULTURA

El texto catequístico es una obra organizada alrededor de un tema en forma de preguntas con sus respectivas respuestas; las mismas que a su vez son claras, concisas y directas. El uso de los catecismos políticos fue ampliamente difundido en Hispanoamérica a principios del siglo XIX. El historiador Rafael Sagredo señala que, a partir de 1810, los catecismos sirvieron para explicar temas que iban desde las luchas de independencia, la lealtad a la monarquía, hasta los derechos de las personas, los diversos tipos de gobierno, la defensa de la religión, incluso generalidades sobre educación y cultura. El objetivo de estos textos, según el mismo Sagredo, era el de “conformar y consolidar una nueva mentalidad colectiva acorde con los nuevos planteamientos de la modernidad”.¹³ Los catecismos, por lo tanto, no dejaron de ser una herramienta útil una vez emancipadas las colonias en Hispanoamérica. Al contrario, su uso continuó con el fin de expandir entre el pueblo nociones sobre agricultura, temas constitucionales, geografía política, física e histórica de las nuevas naciones.

Por ejemplo, en la introducción al *Catecismo de Geografía* de 1874, el escritor ambateño Juan León Mera (1832-1894) aduce que a falta de un texto para la enseñanza de geografía en los establecimientos de instrucción primaria, la publicación de la obra resulta imperativa ya que pretende solucionar esta deficiencia. La propuesta de Mera, efectivamente, está dividida en tres secciones, las cuales a su vez contienen diversos apartados. Las dos primeras corresponden a la “Geografía Física” y la “Geografía Política y Civil del Ecuador”; la tercera sección, titulada “Geografía Descriptiva e Histórica”, funciona como una primera tentativa, según Mera, con la que más adelante debería, de preferencia un historiador, continuar con el fin de concluir un Catecismo Histórico más detallado y extenso. Por su parte, el polifacético Martínez, además de escribir, escalar montañas, pintar y desempeñarse como activista liberal y diputado por su provincia, tuvo un especial interés en las ciencias agropecuarias.¹⁴ Para entender la manera en la que Martínez continúa con la tradición

13. Rafael Sagredo Baeza, “Actores políticos en los catecismos patriotas y republicanos americanos: 1810-1827”, en *Historia Mexicana*, vol. 45, No. 3 (enero-marzo, 1996), p. 504.

14. Diego Araujo Sánchez, “Estudio Introductorio”, en Luis A. Martínez, *A la costa*, Quito, Libresa, 2007, p. 50.

catequística de Mera en este artículo haré una lectura intertextual de su obra literaria y pedagógica.

En la primera sección de este artículo propongo una lectura de su novela *A la costa* (1904) en contraposición con sus tratados de agricultura, específicamente de *La agricultura ecuatoriana* (1903) –texto que recoge cuatro volúmenes publicados por entrega– y el *Catecismo de Agricultura* (1905) –manual abreviado para estudiantes de escuelas primarias. De esta forma, busco comprender el proyecto intelectual de Martínez de una manera más global. Si bien se ha mencionado el afán del autor en instruir al pueblo en cuestiones agrícolas, hace falta un análisis que exponga las razones por las que *A la costa*, más allá de ser un testimonio de la transición política, socioeconómica y literaria del Ecuador, atestigua lo que la Comisión de Agricultura del Congreso Nacional de 1890 reconocía como la fuente principal de la riqueza y el progreso nacionales.¹⁵ Antes que el comercio agroexportador o la incipiente industria, la agricultura era considerada como el sector productivo que redimiría al ecuatoriano. El trabajo en el campo, a diferencia de la empleomanía –producto de llegada de la modernidad al Ecuador– contribuiría tanto al progreso económico como moral de los individuos y de la comunidad.

Como afirma Clark, “what the railway was to do for the nation was mirrored by what new policies in policing and education were to do for individuals, awakening them from inertia through moral reform by work”.¹⁶ De la misma forma en la que Clark analiza la gramática de la redención nacional en el discurso sobre la construcción del ferrocarril ecuatoriano, se podría argumentar que la postura de Martínez, en lo que atañe al trabajo en las haciendas interandinas, revela uno de los ejes viables para la clase media del proyecto liberal: el trabajo en la pequeña hacienda interandina.

15. Juan Paz y Miño Cepeda, “La época cacaotera en Ecuador”, en Sonia Fernández Rueda, edit., *El ferrocarril de Alfaro: el sueño de la integración*, Quito, TEHIS/Corporación Editora Nacional, 2008, p. 53.

16. K. Clark, *The Redemptive Work: Railway and Nation in Ecuador, 1895-1930*, p. 46.

REUBICANDO EL LOCUS DE ENUNCIACIÓN

La publicación de *La agricultura del interior* (1897), *La agricultura ecuatoriana* (1903) y del *Catecismo de Agricultura* (1905) resalta el constante interés de Luis A. Martínez por modernizar y “ecuatorianizar” las prácticas agrícolas que sacarían al país del atraso económico y social en el que se encontraba a principios del siglo XX. Al igual que otros representantes de la ciudad letrada latinoamericana de la época –como los *bacharéis* brasileños y los médicos de la *Escola Tropicalista da Bahia*, por ejemplo–, considero a Martínez como un agente cultural que reubica el locus de enunciación del viejo al nuevo continente. Esto significa que si durante el siglo XIX las ciencias agrícolas eran una traslación del conocimiento teórico y práctico europeo a las naciones del nuevo continente, a partir de principios del XX el Ecuador será testigo de la reapropiación y ajuste de este conocimiento científico a la realidad local. De allí que los textos de agricultura de Martínez pongan de manifiesto, por un lado, la urgencia por reflexionar sobre la ‘diferencia colonial’ –aquél espacio donde las historias locales colisionan con la implementación de los diseños y saberes globales¹⁷ y por otro lado, el empleo del lente positivista liberal con el cual el autor analiza la influencia de la raza y el ambiente en el temperamento de los agricultores ecuatorianos.

Al igual que Juan León Mera en la introducción al *Catecismo de Geografía* (1875), Luis A. Martínez arguye que, pese a adolecer de perfectibilidad, *La agricultura ecuatoriana* (1903) satisface una necesidad urgente de la patria. En la introducción a este texto publicado en la ciudad de Ambato, Martínez señala que el país requiere de un tratado especial “en el que se debe tener en cuenta, las mil circunstancias locales y su modo de ser físico, económico y social”.¹⁸ Más adelante, reflexiona sobre cómo el agricultor europeo, “acostumbrado además a labrar un terreno empobrecido”, escribe sus tratados contemplando una serie de criterios que no son aplicables a la realidad de un país como el Ecuador el cual posee un terreno tan excesivamente fértil que muchas veces representa un obstáculo para los campesinos de la región del

17. Walter Mignolo, *Local Histories/Global Designs*, Princeton, Princeton University Press, 2000.

18. Luis A. Martínez, *La agricultura ecuatoriana*, Ambato, Imprenta Comercial de S.R. Porras, 1903, p. 3.

litoral.¹⁹ Por estas razones, el autor señala la necesidad de hermanar algunas de las teorías europeas “con la rutina o experiencia práctica, en todo lo que dicha rutina tenga de racional y probado como bueno”.²⁰ Es importante resaltar estas últimas palabras ya que, como se discutirá más adelante, de la misma manera como Martínez valora ciertas prácticas de los campesinos locales, también reconoce la precariedad de otras.

Aunque en la introducción a este tratado Martínez subraye la importancia de presentar un producto claro y accesible para el público, en el que se brinde igual espacio tanto a la ciencia como a las prácticas locales, sus argumentos están cargados de un sesgo positivista liberal. Martínez sentencia: “aceptaremos todo lo que creamos aplicable en procedimientos científicos al país, así como también las leyes sancionadas como buenas por la experiencia de los agricultores nacionales; pues nuestro lema es: *Ciencia y Experiencia*”.²¹ Por un lado, aboga por un método científico que más allá de autorizarlo para publicar un trabajo de esta índole, responda a “un código de los procedimientos de cultivo más racionales y más conformes a la ciencia y a nuestras fuerzas productoras”.²² El estudio de múltiples enciclopedias y tratados europeos junto con su experiencia directa en el agro serrano y su desempeño como administrador del Ingenio Valdez en la costa son prueba suficiente no solo de la autoridad de Martínez en lo que se refiere a la agricultura, sino de su fe en la ciencia positiva y el progreso.

Por otro lado, *La agricultura ecuatoriana* de Martínez refleja el discurso liberal que veía en la construcción del ferrocarril la concreción del viejo sueño garciano de unir física y simbólicamente la sierra con la costa: “es tiempo de despertar de nuestro marasmo, para que el tren nos encuentre en situación de poder aprovechar tan progresista redención. Ojalá nuestro humilde trabajo contribuya en una pequeña parte al progreso de nuestra patria”.²³ Indudablemente, Martínez preveía que la combinación entre prácticas agrícolas modernas “ecuatorianizadas” y la construcción del ferrocarril –que sería inaugurado en 1908– daría como resultado un desarrollo económico sostenible en el Ecuador. A diferencia de algunos terratenientes que temían pérdidas de

19. *Ibíd.*, p. 5.

20. *Ibíd.*, p. 4.

21. *Ibíd.*, pp. 5-6.

22. *Ibíd.*, p. 4.

23. *Ibíd.*, pp. 6-7.

capital y mano de obra con la llegada del tren a la Sierra, como señala Clark, Luis A. Martínez creía que

abundant harvests paradoxically led to ruin because prices were driven well below production costs. As a consequence, agriculturalists were discouraged from expanding production. With better transportation routes, a balance could be achieved between supply and demand; in their absence, the prices of agricultural products swung between extremes.²⁴

Las ideas de Martínez sobre la posición privilegiada del Ecuador como país agrícola, dadas sus particularidades geográficas y climáticas, se mantuvieron desde sus primeros tratados hasta la publicación del *Catecismo de Agricultura* para las escuelas primarias en 1905. Un cultivo racional y científico del territorio nacional, sobre todo del oriental y litoral lograrían que el Ecuador llegara a ser rico como ninguna otra nación en la América.²⁵

Aunque Martínez cree en el progreso sustentado en la explotación agrícola moderna, su discurso positivista también delata la visión del autor respecto a la influencia de la raza y el ambiente en el agricultor ecuatoriano. Si por un lado el peón rural es sobrio y resistente a la fatiga, también es “refractario”. Esta característica de rebeldía, la cual impide al peón a seguir meticulosamente las instrucciones descritas en las obras extranjeras, hace que Martínez sienta la responsabilidad de escribir un texto que pueda ser fácilmente comprendido por el campesinado. No obstante, se debe analizar con cautela las descripciones sobre el trabajador costeño. Si bien valora la práctica montubia del desbosque o desmonte por ser superior a las correspondientes europeas, también condena la naturaleza despilfarradora del campesino costeño: “una producción media de 25 quintales por cuadra, ya remuneraría largamente al agricultor de cualquier parte del mundo, mas no al montuvio [sic], derrochador y rumboso por naturaleza”.²⁶ Aferrarse a explicaciones ambientalistas y raciales para justificar las particularidades del campesinado serrano y costeño podría resultar contradictorio. Así como Martínez adapta las nociones agrícolas modernas del extranjero a la realidad local, también insiste en mantener el paradigma positivista de las razas en relación con el clima. Esta aparente con-

24. K. Clark, *The Redemptive Work: Railway and Nation in Ecuador, 1895-1930*, p. 105.

25. Luis A. Martínez, *Catecismo de Agricultura*, Quito, Imprenta Nacional, 1905, pp. 4, 129.

26. *Ibid.*, p. 202.

tradicción podría considerarse como una estrategia para denunciar la ineficacia del sistema de hacienda y de peonaje del agro ecuatoriano.

El tratamiento que hace Martínez del peón de la costa y del hacendado serrano será más ampliamente analizado en la siguiente sección. Si en *La agricultura ecuatoriana* se anticipa la posición del autor respecto a la influencia de la raza y el ambiente en el montubio, con la publicación de la novela *A la costa* (1904) Martínez presentará además de una de las primeras muestras del naturalismo literario en el Ecuador, una estrategia contestataria al discurso liberal sobre el montubio y la agricultura como motor económico del país.

HACIA LA GLORIFICACIÓN DEL TRABAJO AGRÍCOLA EN EL CAMPO SERRANO

El lema de “Ciencia y Experiencia” al que se adscribe Martínez en sus tratados de agricultura también es aplicable a su obra de ficción. La reflexión que hace el personaje principal de la novela en un momento de desencanto le sirve a Martínez para criticar la postura de otros escritores que, sin haber sufrido en carne propia las desventuras del trabajo en el campo, se refieren a ellas:

¿Y cuál la compensación de esas fatigas?, ¿cuál el lenitivo para esos eternos días de miseria? ¿En dónde estaba la poesía del trabajo tan cantado por poetas que nunca lo conocieron? ¿Sería en un escritorio, cómodamente sentados, a cubierto de la intemperie y explicando en bellos versos penalidades que nunca las sintieron?²⁷

Tanto su conocimiento agrícola como su experiencia en el campo autorizan a Martínez para publicar en 1904 la que sería su única novela: *A la costa*. Por un lado, este texto precursor del realismo social de los años de 1930 es un testimonio de su conocimiento sobre el campo serrano y costeño, de su trabajo como administrador de una plantación de caña de azúcar y del deterioro físico producto de enfermedades tropicales. Por otro lado, la novela se convierte en una apología de un modelo agropecuario serrano al criticar su contraparte mono-exportadora costeña y abogar por la construcción de mejores vías de acceso a las haciendas del interior del país. Sin embargo, uno de los aciertos de la novela, el mismo que se constituiría en eje central de su

27. Luis A. Martínez, *A la costa*, Quito, Libresa, 2007, p. 212.

imaginario nacional, es la glorificación del trabajo del campo como el único capaz de proveer a la clase media la independencia, dignidad y moral necesarias para progresar como nación moderna.

Martínez construye la trama de *A la costa* alrededor de múltiples oposiciones. Si la familia quiteña Ramírez representa los valores del antiguo conservadurismo, entonces, los Pérez –pequeños propietarios del interior– encarnan los valores de la familia liberal. Si la capital parece no haber sufrido cambios drásticos desde la época del garcianismo, Guayaquil emerge como el nuevo centro de la actividad capitalista agroexportadora. Si los eventos de la primera parte de la obra ocurren en la ciudad, la trama de la segunda sucede en el campo costeño. En cuanto a esta oposición entre civilización y barbarie, una visión reduccionista de la obra de Martínez se limitaría a subrayarla sin detenerse en el análisis de lo que planteo, es una relación antagonica más compleja; no es lo mismo hablar del campo serrano que del campo costeño.

En este sentido, el simbolismo que encierran los nombres de las dos haciendas de la obra así como la descripción que hace la voz narrativa de ambas indica la posición del autor respecto al rol de la agricultura en el futuro socioeconómico y simbólico de la nación. Desde hace más de cien años, la hacienda serrana “El Huaico” es el patrimonio de la familia Pérez. Respecto al estado de la misma el narrador señala:

[La familia Pérez] la ha sabido conservar sin menoscabo y antes bien, con notable aumento; porque los desmontes de los pajonales están ya situados en los últimos extremos a donde pueden llegar la cebada, y los chaparros de las laderas han desaparecido para dar lugar a las hierbas forrajeras. Por el cuidado de los potreros, por la abundancia de alfalfares y por mil otros detalles, se conoce a primera vista que el dueño es agricultor y amante de la tierra.²⁸

La atención que presta Martínez a la descripción de esta propiedad no es arbitraria. Una lectura de la novela en contraposición con sus anteriores tratados sobre agricultura demuestra que un modelo sustentable de producción amerita el uso eficaz del suelo. Por ejemplo, la limpieza de los pajonales –terreno difícil de cosechar– puede volver a la tierra apta para el cultivo de la cebada. Cuando la voz narrativa deduce que el dueño es “agricultor y amante de la tierra”, se rechaza por eliminación el modelo de hacienda costeño. En dicho

28. *Ibid.*, p. 77.

modelo, los dueños son comerciantes antes que agricultores, lo que conduce a la hacienda a operar bajo un sistema mercantil que desatiende, además de las necesidades de la tierra, la de sus peones. “El Huaico” –que en quichua hace referencia a una masa de lodo que al desprenderse de las altas montañas causa el desbordamiento de ríos– representa un modelo agrícola sustentable y moderno que busca sepultar concepciones conservadoras del trabajo y reduccionistas de la civilización. A diferencia de lo que opinan aquellos que menosprecian el campo, “una hermosa hacienda [cuenta] con las comodidades de la vida civilizada”.²⁹ El aprovechamiento de la tierra y una acertada administración de las haciendas pueden convertirse en un modelo económico sustentable para la clase media ecuatoriana.

Por su parte, la hacienda cacaotera “El Bejucal” toma su nombre de una planta enredadera y trepadora propia de regiones tropicales. “El Bejucal”, por consiguiente, simboliza la antítesis entre la vida y la muerte, la abundancia y fertilidad extrema de una región que, a su vez, asfixia a quienes pretenden dominarla. Cuando Salvador Ramírez acompañado de varios peones de la hacienda, de la que pronto sería administrador, llega al linde del bosque costeño observa que:

La selva tropical en toda su salvaje belleza estaba allí. La tierra fecunda por el sol y la lluvia tenía furia creadora. El matapalo informe, de troncos múltiples soldados en uno solo, la palma real, el inmenso ceibo, la balsa de copa horizontal como la de los pinos de Italia, y mil árboles más, desconocidos para Salvador, todos de dimensiones monstruosas, desacostumbradas en la sierra, estaban allí afanosos por vivir, por crecer, por multiplicarse, tomando por asalto el poco de luz que divisaban entre las gigantes copas de los reyes del bosque.³⁰

La sorpresa pronto se torna en hastío cuando reflexiona sobre cómo

esa misma potencia que fecunda en una noche la semilla confiada a la tierra, esa misma lujuria que hace crecer las plantas a la vista del hombre y cubre de un cortinaje de inmensas hojas un árbol decrepito, engendra también esas miríadas de seres invisibles que en un afán de vivir, matan en poco tiempo al hombre robusto y al árbol colosal.³¹

29. *Ibid.*, p. 80.

30. *Ibid.*, pp. 206-7.

31. *Ibid.*, pp. 221-222.

Poco a poco Salvador descubre que “El Bejucal” no es un paraíso, que la vida en esa hacienda es, al igual que los conventos e iglesias católicos de Quito, “prisión sin esperanza de libertad, un embrutecimiento del espíritu, una lucha sin tregua contra el clima, los bichos venenosos y los hombres”.³² Ya el mayordomo Fajardo le había advertido a Salvador: “si Uté cree que trabajar de agricultor es cosa fácil, etá equivocao. No es lo mismo que quemarse pestaña sobre libros”.³³ Pese a este ultimátum, Salvador decide aprender a manejar el machete y conocer las técnicas montubias para la plantación del cacao. El trabajo, que en un principio parecía descomunal, pronto resulta alentador. Hacia el final de la obra, Salvador gana la confianza del dueño de la hacienda, logra un ascenso y aumento de sueldo, se ve “rejuvenecido moralmente”, siente “energías nunca sospechadas y una voluntad férrea para el trabajo”.³⁴ Incluso bromea con su esposa diciéndole “vaya, que he resultado agricultor”.³⁵ Cuando la novela parece llegar a un final feliz, Salvador contrae una enfermedad de las regiones tropicales y muere con los ojos fijos en el volcán Chimborazo recordando a su familia y sus años de infancia en la serranía ecuatoriana. Las bases naturalistas sobre las que se asientan la construcción de los personajes de *A la costa* no es impedimento para leer la glorificación del trabajo del campo que plantea Martínez.

A pesar de que el comercio y la magistratura compiten por la fuerza laboral en las dos ciudades más importantes, Quito y Guayaquil, la falta de capital o de padrinos en el sistema burocrático impiden a muchos ciudadanos honrados optar por un camino que no sea otro que el de la mendicidad, la prostitución, la religión o el crimen. Martínez deja clara su postura en la reflexión que hace Salvador cuando ve como inevitable la ruina de su familia: “¿En qué podría ganar el pan antes de recibirse? ¿En un empleo? Sí, en un empleo, desde tan joven, anulándolo para el trabajo independiente, haciéndole adquirir el hábito de la empleomanía, que se pega al hombre como el vicio de la embriaguez”.³⁶ La independencia a la que se refiere Salvador es la misma de la que goza Luciano cuando luego de abandonar sus estudios de leyes en la

32. *Ibíd.*, p. 212.

33. *Ibíd.*, p. 197.

34. *Ibíd.*, p. 250.

35. *Ibíd.*, p. 251.

36. *Ibíd.*, p. 95.

capital, regresa a la hacienda familiar “El Huaico” para acompañar a su padre en las faenas agrícolas. De ahí que el narrador señale que

Luciano, en tanto que por dar gusto a su padre, visitaba los diversos trabajos de la hacienda, comparaba mentalmente la vida sana y fecunda del hombre que cultiva la propia heredad, con la artificial y un tanto amarga e improductiva del empleado, o rentero de las ciudades. Nació entonces en el joven la idea de la *dignidad e independencia* que proporciona únicamente el dinero obtenido en la diaria labor, sin el temor de catástrofes políticas o cambios de suerte. Vio con claridad la senda que debía seguir para que su vida fuera útil y no una carga social.³⁷

En la segunda parte de la novela Salvador decide emprender un viaje a la Costa luego de haber servido en las filas conservadoras infructuosamente durante cinco años. Esta resolución parece alentadora. Cuando por primera vez el paisaje de la costa se le presenta a Salvador como una llanura infinita bajo un cielo claro, pensó que “en el fondo de ese horizonte sin fin, le esperaba la libertad, tal vez la dicha hasta entonces desconocida; le esperaba el trabajo que produce independencia”.³⁸ Sin embargo, pronto llega el desencanto. El lector recuerda que desde los primeros capítulos de la novela, Salvador lleva la carga de la herencia y la influencia del ambiente. Él es manso y débil,

poco comunicativo con los de su edad...las fuerzas físicas que principiaban a manifestarse pronto, y con ellas el carácter futuro, [estaban] atrofiadas por la falta de ejercicio y de aire, apenas se esbozaban en un cuerpo delgado y débil y en un rostro pálido con grandes ojos azules dulcísimos, sombreados por cabellos finos color de oro. Salvador a los doce años se demostraba apenas ocho y tenía ese algo inexplicable, como anuncio cierto de los que han de morir jóvenes y que solo están en el mundo de paso.³⁹

Este tratamiento naturalista de los personajes de *A la costa* sirve a Martínez para apoyar la noción “mente sana en cuerpo sano”. Esta propuesta que refleja el discurso higienista en boga en los círculos liberales buscaba reformar la educación ecuatoriana con el fin de tener trabajadores saludables y fuertes. Asimismo, Martínez se vale del destino del personaje principal para criticar

37. *Ibid.*, p. 135.

38. *Ibid.*, p. 176.

39. *Ibid.*, p. 50.

el regionalismo que mantiene divididos a los ecuatorianos. Salvador, como señala el narrador, es un extranjero en su propia patria, es “como si la Sierra no fuera parte del hermoso país de Atahualpa y de Sucre”.⁴⁰ No obstante, el reparo más importante que hace Martínez de la coyuntura socioeconómica y política del Ecuador radica en el sistema de hacienda costeño, que embrutece a quienes trabajan en ella. De ahí que el siguiente proyecto intelectual de Martínez haya sido la publicación de un catecismo de agricultura con el fin de educar a los estudiantes de primaria sobre la dignidad e independencia que ganan aquellos que se dedican a las labores del campo.

LLENANDO LOS VACÍOS DE LA PATRIA

Luis A. Martínez es un intelectual a quien, al igual que Juan León Mera, le preocupó la educación de la juventud ecuatoriana. Su *Catecismo de Agricultura*, publicado en 1905, responde a la necesidad de fortalecer y mejorar la instrucción agrícola de un país cuya población se dedicaba mayoritariamente a cultivar el campo. Valiéndose del argumento sobre el descuido en el que se encontraba esta parte del conocimiento y con el propósito de “llenar este vacío, siquiera en parte”, Martínez presenta el texto a los escolares primarios.⁴¹ Asimismo cabe resaltar que tanto Mera como Martínez reconocen la imperfección de sus obras por lo que esperan que “otras personas más inteligentes y entendidas, dediquen su tiempo a la patriótica labor de extender entre el pueblo”,⁴² la historia nacional –en el caso de Mera– y los conocimientos agrícolas modernos –en el caso del catecismo de Martínez.

Al igual que los textos antes analizados, el *Catecismo de Agricultura* también deja entrever dos de los focos principales del pensamiento intelectual de Martínez. En primer lugar –y al igual que en el *Tratado de Agricultura* de 1903– el autor hace hincapié en la necesidad de adaptar los conocimientos venidos del extranjero a la realidad local. Por este motivo asevera haber tomado “todo lo que [ha] considerado claro, útil y aplicable a nuestra manera de ser”.⁴³ En segundo lugar, Martínez expresa directamente su posición respecto al trabajo del agricultor a través de la glorificación de la labor en sí misma y de

40. *Ibíd.*, p. 240.

41. L. A. Martínez, *Catecismo de Agricultura*, p. iii.

42. *Ibíd.*, p. iv.

43. *Ibíd.*

la descripción del propietario, mayordomo y peón de una buena hacienda. La glorificación de la agricultura como la única capaz de garantizarle al hombre independencia, dignidad y libertad se ve reflejada en el siguiente comentario: “[l]a más noble de las ocupaciones del hombre es la de cultivar la tierra. Muchos grandes hombres han sido labradores y las naciones más poderosas fincan su poder en el cultivo de la tierra”.⁴⁴ Por consiguiente, Martínez ve en el cultivo del campo tanto el progreso individual como el de una nación que confiaba en el nuevo credo liberal.

Martínez señala que para que los cultivos y negocios de una hacienda tengan éxito es necesario que haya “unión e igualdad moral” entre propietarios, mayordomos y peones. Solo así se logrará que “los trabajos se hagan regulares, exactos y perfectos”.⁴⁵ Un buen hacendado, manifiesta el autor, trabaja personalmente en su propiedad. De esta forma, no solo que dirigirá las tareas de una manera “progresiva, científica y racional”, sino que también sabrá disponer de mejor manera el capital de la hacienda, tendrá más libertad para implementar los cambios que sean necesarios y dirigirá de manera más eficaz a sus empleados. Respecto a esto último, un buen propietario debe demostrar siempre justicia, firmeza y benevolencia, y se limitará al uso del castigo ya que “lo que no consiga por él, conseguirá seguramente con la bondad”.⁴⁶ Un mayordomo, por su parte, debe además de ser honrado y activo, recibir un buen sueldo. Los lazos de confianza entre propietario y mano derecha solo se pueden estrechar cuando exista “mutuo cariño”. Es interesante notar que Martínez cree que la vigilancia constante –sin herir el “amor propio” del mayordomo– es clave para el buen manejo de la hacienda. Finalmente, la descripción del peón se limita a reforzar la idea de que debe ser sumiso, obediente, de buenas costumbres y “sobrio sobre todo en las bebidas”.⁴⁷

Las descripciones de los tres ideales de trabajadores de la hacienda interrandina explicarían la crítica de aquellos que laboran en las haciendas costeñas en la novela *A la costa*. Gómez, uno de los pocos serranos que trabajan en la hacienda cacaotera, le explica a Salvador que, pese a que el administrador es una calamidad y los peones unos bandidos, “El Bejucal” es un paraíso. En el fondo, este es un comentario optimista. Aunque el dueño de “El Bejucal” es

44. *Ibíd.*, p. v.

45. *Ibíd.*, p. 67.

46. *Ibíd.*, p. 66.

47. *Ibíd.*, p. 67.

un hombre “honrado y bondadoso”, no vive en la hacienda. La visita anual de este hombre de negocios no es suficiente como para mantener vigilados a sus empleados. Además, si bien la honradez y aptitud del mayordomo Fajardo eran suficientes virtudes para dominar a la “guerrilla de fascineros”, estas no compensaban su ignorancia y rebeldía. La comparación entre el ideal del peón del *Catecismo* con los personajes montubios de *A la costa* revelan la crítica de Martínez acerca del sistema de peonaje costeño. Cuando el propietario Velásquez “comprendió que para administrar una hacienda como El Bejucal, no solamente necesitaba un hombre como Fajardo, apto para el trabajo físico, sino otro que reuniera ciertas condiciones de honorabilidad y educación, para así levantar un tanto el nivel moral de esos peones embrutecidos por el alcohol y las pasiones más innobles”,⁴⁸ Martínez insta a reevaluar las relaciones laborales entre la oligarquía cacaotera y el campesino montubio así como también abogar por el mejoramiento de rutas de transporte que conecten el campo con los puertos.

El hecho de que la hacienda se encuentre alejada de Guayaquil y de que el viaje tome cuatro días por canoa hace que esta región se convierta en el “aliciente para que los criminales fueran al Bejucal en busca de refugio y trabajo”. Los criminales, según Martínez, no podrían aportar con las cualidades morales y la sensatez necesarias para hacer de la producción cacaotera una actividad sustentable. Tal es el rechazo hacia el modelo laboral agroexportador que los personajes montubios son los únicos en la novela que no cuentan con nombre propio. El “Cortado”, el “Rana”, el “Pachay” y el “Corvina” son algunos de los campesinos de cuadrilla que trabajan en “El Bejucal” y cuya representación zoomorfa está en los antípodas del hombre libre y digno de la hacienda “El Huaico”.

Sin embargo, a diferencia del tratado y de la novela, Martínez centra el análisis del *Catecismo* en el cultivo de la zona interandina. Así, aclara que dejaba “para otra ocasión más apropiada el escribir un texto relativo a la Agricultura de la Costa”.⁴⁹ Una de las pocas referencias sobre esta región del Ecuador se encuentra en el apartado relacionado con el cultivo de cereales; la única información que Martínez proporciona sobre el cultivo del arroz es que “engendra en los países donde se lo cultiva con fiebres malignas”.⁵⁰ Después

48. L. A. Martínez, *A la costa*, p. 246.

49. L. A. Martínez, *Catecismo de Agricultura*, p. v.

50. *Ibid.*, p. 19.

de todo, *A la costa* y sus escritos sobre agricultura son una prueba de la propuesta andinista de Martínez. El haber experimentado el trabajo agrícola en la costa no fue suficiente para que lograra incluir a esta región en el imaginario nacional de principios del siglo XX. De la misma manera en que Juan León Mera fracasa en su intento por incorporar al Oriente en la idea de nación de finales del XIX, se podría argumentar que a pesar del carácter acusatorio de la obra de Martínez, su proyecto de conexión física y simbólica de las dos regiones más antagónicas del Ecuador quedaría postergado una vez más.

La siguiente sección analiza cómo las representaciones literarias y pictóricas del paisaje de Martínez revelan, más allá de una visión desarticulada de la geografía nacional, la posibilidad de ser leídas como narrativas que celebran a los Andes como la síntesis de la patria. De esta forma, el trabajo de Martínez hace eco de lo que se planteaban los liberales ecuatorianos de finales del XIX. La Sierra debía entenderse como la columna vertebral de un país al cual le urgía conectar física y simbólicamente a sus regiones para así resurgir del marasmo social, económico y moral en el que se encontraba desde la época del garcianismo.

IMAGINANDO AL ECUADOR A TRAVÉS DEL PAISAJE

Luis A. Martínez, además de dedicarse a la agricultura y a la política, demostró interés en la exploración de las montañas ecuatorianas y virtud para pintarlas. A juzgar por Alexandra Kennedy-Troya, la representación del paisaje resultaba central a finales del siglo XIX⁵¹ y principios del XX ya que constituía “una nueva forma de leer y crear en la nación, de sentirse parte de la misma”.⁵² Las narrativas nacionales, por consiguiente, pasaron a convertirse en narrativas

51. Refiriéndose a la producción de paisajes en la segunda parte del siglo XIX mexicano, Jorge Cañizares-Esguerra arguye que los artistas –entrenados también en ciencias como la geología– produjeron representaciones del paisaje que pueden ser entendidas como alegorías históricas de la nación. Es así que en la producción pictórica de estos intelectuales pueden leerse varias capas de la historia nacional, incluidas la historia precolombina, colonial y republicana de México.

52. Alexandra Kennedy-Troya, “El territorio y el paisaje: una declaración de principios”, en Alexandra Kennedy-Troya, edit., *Escenarios para una patria: paisajismo ecuatoriano 1850-1930*, Quito, Museo de la Ciudad, 2008, p. 12.

de la naturaleza, en trazados cartográficos, en itinerarios religiosos, en catecismos literarios o paisajes de una naturaleza admirable capaz de sentar las bases simbólicas de la nación liberal ecuatoriana.

De forma particular, la ascensión a volcanes y nevados le sirvió a Martínez no solo para tomar apuntes de las impresiones que le causaba un paisaje agreste, sino también para hacer bocetos y estudios de la geografía y la luz de los Andes. Dichos estudios, que serían transferidos tanto a su obra de ficción como a sus pinturas, revelan un entendimiento del paisaje como el único elemento capaz de unificar a la nación. Si la religión no había logrado romper los prejuicios regionales, el paisaje –junto con el proyecto redentor liberal encarnado en el ferrocarril– sentaría las bases simbólicas del nuevo Ecuador. La segunda parte de este artículo se centrará en la representación del territorio tanto en las cartas de viaje como en la novela de Martínez con el propósito de explicar el uso político de sus paisajes fundacionales.

BOCETOS DE UN PAISAJE NACIONAL

En las cartas de viaje, Martínez se reconoce como explorador. Como tal, le da importancia a la observación del paisaje y justifica sus imprecisiones aduciendo no ser ni científico ni artista. El interés de Martínez por el andinismo está en sintonía con una amplia trayectoria de exploraciones de los Andes y el Oriente ecuatorianos, que empezaron con la llegada de Alexander von Humboldt (1769-1859) a principios del XIX y que continuaron con la de ascensionistas y vulcanólogos hacia mediados del siglo, entre quienes destacan Moritz Wagner (1813-1887), Edward Whymper (1840-1911), Hans Meyer (1858-1929), Wilhelm Reiss (1838-1908) y Alfons Stübel (1835-1904).

Martínez, quien estaba al tanto de los esfuerzos de estos extranjeros, emprendió sus propias ascensiones con el objetivo de contemplar la naturaleza ecuatoriana en su totalidad y de realizar estudios pictóricos y bocetos sobre los Andes. Pese a que en sus primeras cartas de viaje se describa como un amateur, en la corta autobiografía escrita poco antes de su muerte Martínez sintetiza lo que podría considerarse como su postura en cuanto al tratamiento del territorio nacional: “el paisaje no debe ser solo una obra de arte, sino un documento pictórico-científico”.⁵³ Como se discutió en la primera parte de este artículo,

53. Luis A. Martínez, *Andinismo, arte y literatura*, Quito, Abya-Yala, 1994, p. 12.

los escritos de Martínez sobre agricultura denotan el tratamiento del paisaje como documento científico. Las descripciones que hace de dicho paisaje tanto en sus cartas como en la novela *A la costa*, por otro lado, corroboran el valor artístico del territorio nacional, especialmente de los Andes.

Siguiendo la tradición humboldtiana, Martínez presenta visiones panorámicas del territorio nacional. El artista, desde la cima, contempla la totalidad y lo sublime del paisaje. Por ejemplo, en su primera carta de viaje, “Ascensión a la cima del Tungurahua” (1900), reconoce las limitaciones del lenguaje para “describir lo indescriptible”.⁵⁴ Su capacidad narrativa, sin embargo, no es la única en experimentar estas deficiencias; su ‘paleta de artista’ también se muestra inútil delante de lo sublime del paisaje. Martínez confiesa

Todo lo soñado por mi calenturienta impotencia de artista está allí, todos los tonos de una paleta divina están a mi vista; todas las suavidades de un disfumino mágico están patentes en esas lejanas cordilleras y todas las pompas maravillosas del iris en ese mar infinito de nieblas que cubre la región Oriental.⁵⁵

Esa misma afición por el paisaje y gozo producto de su contemplación desde la altura o desde una cúspide, es también compartida por Luciano Pérez. Cuando el joven liberal regresar a vivir en la hacienda paterna tras abandonar sus estudios de derecho en la capital, el narrador nos cuenta que

en esas alturas, rodeado de la inmensa poesía de los páramos, era otro hombre, otro ser diverso, más imaginativo, más valiente, si cabe, y más dueño de sí mismo. Nada le gustaba tanto como trepar a uno de esos picos resquebrajados por las intemperies de los siglos, y dominar desde allí, sobre un dosel de nieblas, la confusión sublime de cordilleras, valles solitarios y gigantes nevados. En cada lagunilla, en cada mancha de bosquecillos negros, en cada roca, en cada hilera encontraba la poesía de la verdad, la poesía de la naturaleza y no esa fingida y académica cantada por poetas enfermos de vaciedad e impotencia. Luciano tenía, ¡cosa rara! Para su organismo moral fuerte y atrevido, una innata afición a los paisajes solitarios y agrestes en medio de los cuales su imaginación encontraba goces múltiples y desconocidos.⁵⁶

54. *Ibid.*, p. 28.

55. *Ibid.*, p. 29.

56. L. A. Martínez, *A la costa*, p. 136.

Esa misma “afición a los paisajes” y gozo del artista frente a la naturaleza que experimenta Luciano también predomina en la cuarta carta de Martínez sobre sus impresiones en la Cordillera de los Andes: “Ayer y hoy” (1900). Pese a que la contemplación del “páramo sublime” y de la “naturaleza virgen” junto con la libertad del hombre alejado de las miserias de la vida urbana se erigen como tema central de la carta, la segunda mitad del texto cuenta con un giro sorpresivo. Se asume que Martínez ya no es el mismo autor de las cartas anteriores. Un narrador envejecido recuerda que antaño ni el egoísmo ni el escepticismo habían herido el alma joven: “entonces veía en cada hombre, un hermano, en cada cuadro de la naturaleza, un poema divino. Entonces era bueno y religioso, no estaba maleado por las tempestuosas pasiones de la juventud, ni asediado por los vicios”.⁵⁷ Años después, ante el mismo escenario natural, Martínez confiesa su deseo por “despertar un instante del marasmo que [lo] mata”.⁵⁸ Aunque el narrador culpa al materialismo por la pérdida del gozo artístico, se podría plantear que el tono pesimista de la carta refleja el desencanto que produjo el estancamiento social, económico y moral de la nación pese a las promesas de la Revolución liberal. Esta misma desilusión reaparece en su autobiografía cuando expresa que uno de los rasgos más dominantes de su carácter es el “amor entrañable a la naturaleza, al arte, a la Patria; a esta última sobre todo, tanto, tanto que apagó a veces lo más querido de mi alma”.⁵⁹

Como se discutirá más adelante, Salvador –personaje principal de *A la costa*– experimentará esa misma desilusión cuando al darse cuenta que su condición de quiteño en la costa, junto con su incapacidad para el trabajo en la hacienda, lo convierten en un extranjero en su propia patria. El amor que le profesó a su país y a la religión cuando peleó con las filas conservadoras durante 1890 no le representó ganancia alguna. Por el contrario, su miseria ejemplifica la de muchos actores sociales que quedaron fuera de la comunidad que imaginaron los vencedores de la revolución de Alfaro.

57. L. A. Martínez, *Andinismo, arte y literatura*, p. 46.

58. *Ibid.*, p. 46.

59. *Ibid.*, p. 11.

EL CHIMBORAZO COMO SÍNTESIS
DE LA NACIÓN LIBERAL

La idea de usar al volcán Chimborazo como alegoría de la nación podría remontarse a los escritos de Simón Bolívar (1783-1830). En una carta dirigida al general Francisco de Paula Santander en agosto de 1822, el Libertador señala que: “a pesar de la aparente tranquilidad en que nos hallamos en el Sur, yo comparo este país [el actual Ecuador] al Chimborazo que exteriormente está muy frío mientras que su base está ardiendo”.⁶⁰ De igual manera, se le atribuye a Bolívar la autoría de “Mi delirio sobre el Chimborazo”, texto de corte romántico en el que la voz poética expresa el ‘delirio febril’ que sintió al ascender a las nieves eternas del volcán y darse cuenta que “era el Dios de Colombia que [lo] poseía”.⁶¹ Dicho poema concluye con un sujeto lírico en éxtasis, el mismo que contempla el paisaje desde las alturas mientras reflexiona de la siguiente manera:

Absorto, yerto, por decirlo así, quedé exánime largo tiempo, tendido sobre aquel inmenso diamante que me servía de lecho. En fin, la tremenda voz de Colombia me grita; resucito, me incorporo, abro con mis propias manos los pesados párpados: vuelvo a ser hombre, y escribo mi delirio.⁶²

Tres décadas más tarde de la escritura del texto de Bolívar, la idea del volcán Chimborazo como síntesis nacional habría de llegar a la pintura. Frederic Church (1826-1900), uno de los artistas centrales de la *Hudson River School*, visitó Colombia y Ecuador en dos ocasiones, entre 1853 y 1857. Influenciado por el trabajo de Alexander von Humboldt en cuanto a la representación de la naturaleza sudamericana, Church realizó varios estudios y bosquejos sobre el paisaje ecuatoriano, especialmente sobre los Andes.

Aunque *Chimborazo* (1864), uno de los tres óleos de gran formato de Church, no puede ser considerado como fiel representación de la geografía ecuatoriana, este contiene elementos claves del paisaje nacional. En un primer

60. Simón Bolívar, *Cartas del Libertador*, Caracas, Banco de Venezuela/Fundación Vicente Lecuna, 1965, p. 267.

61. Germán Arciniegas, *América, Tierra Firme y otros ensayos*, Caracas, Ayacucho, 1990, p. 363.

62. *Ibid.*

plano, y si nos adscribiéramos al costumbrismo, se observa una típica escena costeña. Tanto la vegetación como la navegabilidad de las aguas y la vivienda de caña guadúa ubican inmediatamente al espectador en una región semitropical. En un segundo plano se observan los valles interandinos. Resulta interesante notar la neblina que separa el primero del segundo plano ya que, tanto en las cartas de viaje como en la novela, Martínez enfatiza la bruma como elemento mágico capaz de difuminar diferencias. La neblina, por consiguiente, coadyuva a la difusión de diferencias regionales a través de la nivelación de los planos del paisaje de Church y de la descripción literaria de Martínez. En un tercer plano del óleo, aparece lejano el volcán Chimborazo, que, a no ser por su peculiar cúspide, incluso podría confundirse con las nubes. Después de ser exhibido por primera vez en Londres, en 1865, el crítico de arte W. P. Bailey escribió sobre este óleo:

Oh, it is far above, islanded in the soft blue of the upper heavens, above an expanse of this sky-like vapour, like a dome of tender sunny cloud, a thing entirely pertaining to heaven, and having nothing whatever to do with earth, but to present it with an image of heavenly peace, an object to inspire heavenly fancies, and yearning.⁶³

A diferencia de otras naciones latinoamericanas, la pintura paisajística no fue popular en Ecuador durante gran parte del siglo XIX.⁶⁴ La pintura religiosa y los retratos fueron los géneros más practicados por los artistas locales. No obstante, la obra paisajística de Church junto con las expediciones de ascensionistas europeos despertó en pintores ecuatorianos el interés por el paisaje nacional. Siguiendo, por un lado, el impulso romántico de Humboldt, Bolívar y Church y, por otro, la curiosidad científica de Stübel, reforzada por el presidente Gabriel García Moreno, artistas como Martínez comprendieron que las montañas andinas se presentaban como el elemento del paisaje con el

63. John K. Howat, *Frederic Church*, New Haven and London, Yale UP, 2005, p. 117.

64. En la novela hay dos alusiones al pintor Antonio Salas. En la hacienda “El Huaico” hay una pintura de Salas del general Eustaquio Pérez, abuelo de Luciano. La segunda pintura de Salas es una Virgen de la Selva que se encuentra en la casa de Gómez, un serrano que trabaja en la hacienda “El Bejucal”. Con estas dos referencias, Martínez además de rendir homenaje a su maestro refleja el tipo de pintura que era popular en el Ecuador a finales del siglo XIX. Para un análisis detallado de la pintura ecuatoriana del siglo XIX, ver el trabajo de Alexandra Kennedy-Troya.

que los ecuatorianos podrían reconocerse; de manera particular, con las paradisíacas nieves perpetuas del Chimborazo.

Siguiendo la línea de investigación de Clark y Deler, se asume que parte del discurso liberal del fin de siglo se centraba en la aniquilación del espacio regional y que, por consiguiente, los gobiernos post-revolucionarios se enfocaron en la homogeneización legislativa e institucional de tal forma que se sintiera la presencia del Estado en todos los rincones del territorio nacional. No obstante, y más allá de la fortificación del aparato estatal, resultaba asimismo necesario el asentamiento de las bases simbólicas sobre las cuales construir la nueva nación liberal. El trabajo de exploración científica y de contemplación artística les ofreció a los intelectuales ecuatorianos, en este caso a Luis A. Martínez, un punto de partida desde el cual reinterpretar la nación.

En su análisis sobre la obra paisajista mexicana de mediados del siglo XIX, el historiador Jorge Cañizares-Esguerra afirma que como buenos románticos, los pintores “perceived the mountains through the aesthetics of the sublime, experiencing the beautiful in awe and terror. The haunting presence of Popocatepetl and Ixtaccihuatl in Velasco’s landscapes perhaps also suggests symbolic readings: the volcanoes as emblems of *mestizaje*”.⁶⁵ En el caso del ecuatoriano, aunque el paisajismo y las cartas de viaje de Martínez parecieran seguir la vena estética de lo sublime de Humboldt, Bolívar y Church, arguyo que su propósito responde a una necesidad simbólica real del Ecuador posrevolucionario.

Una vez instaurado el liberalismo en el poder, las clases dirigentes se encargaron de borrar el legado católico y conservador que prevaleció en las últimas décadas del siglo XIX. Para ello, se implantó un gobierno laico que propulsó medidas progresistas en aras del libre comercio y el fortalecimiento de la industria agroexportadora. En 1900, y como parte de esta agenda política, se adoptó mediante decreto ejecutivo el actual escudo nacional, el mismo que refleja la coyuntura histórica de la que se habló a principios de este artículo.

John T. Reid, refiriéndose a los emblemas de las nacientes repúblicas americanas, afirma que “unlike the needles wrangles of political principles and personalities, these could be devised with patriotic fervor and relative unanimity”.⁶⁶ En el caso ecuatoriano, el escudo incorporó símbolos que bus-

65. Jorge Cañizares-Esguerra, *Nature, Empire, and Nation: Explorations of the History of Science in the Iberian World*, Stanford, Stanford UP, 2006, p. 161.

66. John T. Reid, “An Aspect of Symbolic Nationalism in Spanish America: Aspirations and Emblems”, en *Hispania*, vol. 40, No. 1 (marzo, 1957), p. 73.

caban promover la unidad regional y las ideas del progresismo liberal. Es así como el emblema mantuvo como elemento central una representación del territorio nacional adoptada desde hacía varias décadas: el Chimborazo desde cuyas nieves perpetuas nace el río Guayas. De esta forma, el paisaje y el cóndor son los dos elementos que se han mantenido inalterados hasta nuestros días para hermanar a dos regiones antagónicas. Sin embargo, el nuevo discurso nacional de principios del XX representaba los intereses de la clase que se había beneficiado con la Revolución liberal y que se beneficiaría con la construcción del ferrocarril: las oligarquías cacaotera y bancaria costeñas. La novela de Martínez surge como una crítica directa a los intentos de la ciudad letrada por imponer la imagen de una armonía inexistente entre regiones dado que esta representación simbólica del paisaje todavía excluía a muchos actores de la comunidad imaginada.

Luis A. Martínez capta el mismo discurso del emblema nacional en el momento en que el protagonista principal de su novela viaja en mula desde la sierra a una hacienda cacaotera de la costa en busca de mejor suerte. En un punto de la travesía Salvador se detiene al llegar a la cumbre de una montaña. Desde allí puede observar al mismo tiempo las dos regiones del país. En este momento, el narrador describe un paisaje similar al representado en el escudo nacional:

Atrás queda la Cordillera de los Andes, la sierra abrupta e informe, arrugada por mil cerros, picachos, quebradas y despeñaderos; allí los múltiples sembríos de cereales, coloreados ya de verde tierno, ya de anaranjado, ya de pardo. Algunas laderas muestran el terreno recién labrado, negro por la lluvia, haciendo contraste con el amarillo pálido de los pajonales del páramo. Y en las quiebras, las lomas, en las orillas de los pequeños torrentes y en el fondo de los estrechos valles, las casas aisladas, los pueblos y las haciendas, parecen rocas rodadas desde las cimas de los Andes. Un cinturón inmenso de picos abruptos y negros, y como broche magnífico la mole resplandeciente del Chimborazo.⁶⁷

Al leer este pasaje de *A la costa*, es imposible pasar por alto el discurso en ciernes que circulaba durante la Revolución liberal y que previamente habríamos de ubicar en el emblema adoptado por el gobierno en 1900. En este fragmento de la novela, al igual que en el paisaje dentro del escudo, podemos

67. L. A. Martínez, *A la costa*, p. 160.

distinguir lo que Benedict Anderson reconoce como *comunidad imaginada*. El inconveniente de la *comunidad imaginada* en el caso ecuatoriano radica en que ninguno de los personajes se siente identificado con esa abstracción impuesta sobre la población. Salvador, el protagonista de la novela, muere víctima de una enfermedad endémica del litoral con sus ojos puestos en el Chimborazo, lejano y limpio de nubes, como si estuviera contemplando el óleo de Frederic Church. Salvador también observa desde su ventana al río Guayas (el mismo del escudo nacional); no obstante lo asocia con su miseria. Tampoco el paisaje serrano le devolvería la vida; es tan solo una visión nostálgica de su tierra. Al morir: “la cara tomó una expresión beática y bellísima y los ojos vidriosos quedaron fijos en el Chimborazo, que allá, en el confín del paisaje inmenso, resplandecía con los últimos rayos de sol”.⁶⁸ A la muerte de Salvador con los ojos puestos en el Chimborazo se puede extrapolar la desilusión presente en la carta “Ayer y hoy” de Martínez. Tanto la novela como la carta demuestran la inviabilidad de las promesas de la Revolución liberal en cuanto al cumplimiento de las promesas del progreso y el gozo de los derechos individuales para todos por igual.

CONCLUSIONES

El análisis de la carta correspondiente al trayecto que por primera vez realizó Martínez de la cordillera a la Costa, y que sirve de base para la posterior descripción literaria del viaje de Salvador hacia la hacienda “El Bejucal”, revela las limitaciones del proyecto intelectual del autor. “La cordillera y la costa” (1900) –advierte Martínez a su lector– es la carta de menor calidad porque se encarga de la descripción de la selva tropical. De ahí que desde las primeras líneas, el autor se descalifique para tal empresa. El asunto, insiste, “no es para plumas como la mía, sino para las de un Cooper, de un Chateaubriand o de un Mera”.⁶⁹ No obstante, y de manera inmediata, la modestia de Martínez desaparece. Si otros ‘necios y majaderos’ se han atrevido a describir estos paisajes al borde, ¿por qué él no habría de intentar hacer lo mismo? El resultado de esta osadía es una carta de mayor extensión y atención a los detalles de la vegeta-

68. *Ibid.*, p. 263.

69. L. Martínez, *Andinismo, arte y literatura*, p. 33.

ción costeña, descripción que valiéndose de un vocabulario pictórico busca ser lo más fiel posible a la realidad:

La pintura creo que es impotente para retratar esas espesuras azulinas y misteriosas, esa infinita variedad de tonos tenues, vaporosos, casi difuminados, ese enjambre de plantas de formas bizarras y de colores imposibles [...] de matices capaces de desesperar a un colorista. Pero necio de mí, que trato de describir lo que es indescriptible. Antes que conociera las selvas calientes, había leído descripciones admirables; pero ahora me convenzo de que los grandes escritores quedan atrás de la realidad, cuando quieren pintar un asunto como el presente. Es necesario ver el objeto para comprender lo grande, lo bello, lo magnífico, lo rico de esta maravilla que Dios ha colocado en los trópicos... La selva cansa pronto, porque uno se siente como aplastado por ella.⁷⁰

El intento de Martínez por describir y narrar la costa, sin embargo, no va más allá de sus cartas de viaje. Como afirma al final de la cita anterior, la selva cansa pronto. Aunque esta carta preste atención a los detalles de la vegetación de esta región, Martínez posterga el estudio de la costa. A diferencia de sus estudios sobre los Andes, la costa es la gran ausente tanto de los tratados de agricultura como de sus pinturas paisajísticas. Y, aunque resulte contradictorio, propongo que también queda al margen de *A la costa*. Pese a que el título de la novela se refiera a la costa como destino final o utopía de la modernidad, las haciendas cacaoteras no se significan ni como el lugar de las oportunidades ni como el epítome de la nación moderna. Al contrario, a lo largo de la obra de Martínez presenciamos una alabanza al trabajo agrícola interandino y a la clase media que se dedica a labrar estas tierras a la vez que un desdén –o desconocimiento– de su contraparte costeña.

La lectura de *A la costa* en contraposición a los catecismos de agricultura y las cartas de viaje demuestra lo difícil que resulta identificar al grupo social que podría llevar la batuta del país una vez fracasada la Revolución liberal. El uso de técnicas naturalistas para la descripción de varios de los actores sociales se convierte en estrategia para ensalzar las virtudes de la clase media andina y desautorizar a otros grupos sociales. Las mujeres en esta obra, por ejemplo, padecen todas de una enfermedad propia de su género: la beatitud y el conservadurismo religioso. De igual manera, la falta de nombres propios

70. *Ibíd.*, p. 41.

de los trabajadores de “El Bejucal” demuestra que el montubio tampoco está preparado como para asumir este reto; el indígena ni siquiera aparece como personaje; la aristocracia urbana está en declive porque está corrompida por los vicios de la ciudad y la población costeña es perezosa porque es víctima del ambiente. Descartados todos estos actores sociales, el narrador de *A la costa* no tiene otra opción que afirmar que los mejores ciudadanos “adictos a la patria” y “fecundos trabajadores de la paz” son aquellos que pertenecen a las familias de la gran clase media, “la llamada a llenar en no lejano día el mundo, derrotando con sus prácticas virtudes, con el trabajo, con el patriotismo, las mil necias preocupaciones religiosas y sociales, que hoy hacen gemir a la humanidad en un calabozo estrecho y hediondo”.⁷¹

En la idea de nación de Martínez solo este grupo social –enraizado en la hacienda interandina y reconociéndose en símbolos laicos como el volcán Chimborazo– está capacitado para sacar adelante al Ecuador. A pesar de que la costa y otros actores sociales todavía hayan quedado relegados del proyecto nacional defendido por Martínez, su propuesta servirá de base para el trabajo intelectual del Grupo de Guayaquil y los novelistas sociales de la década de 1930. *

Fecha de recepción: 17 mayo 2012

Fecha de aceptación: 5 junio 2012

Bibliografía

- Anderson, Benedict, *Imagined Communities*, New York, Verso, 2000.
- Araujo Sánchez, Diego, “Estudio Introductorio”, *A la costa*, Quito, Libresa, 2007.
- Arciniegas, Germán, *América, Tierra Firme y otros ensayos*, Caracas, Ayacucho, 1990.
- Ayala Mora, Enrique, *Historia de la Revolución liberal ecuatoriana*, Colección Temas, vol. 5, Quito, TEHIS/Corporación Editora Nacional, 2002, 2a. ed.
- “Historia y sociedad en el Ecuador decimonónico”, en *Historia de las literaturas del Ecuador*, Quito, Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador/Corporación Editora Nacional, 2000.
- Bolívar, Simón, *Cartas al Libertador*, Caracas, Banco de Venezuela/Fundación Vicente Lecuna, 1965.
- Cañizares-Esguerra, Jorge, *Nature, Empire, and Nation: Explorations of the History of Science in the Iberian World*, Stanford, Stanford UP, 2006.

71. L. A. Martínez, *A la costa*, p. 80.

- Clark, A. Kim, *The Redemptive Work: Railway and Nation in Ecuador, 1895-1930*, Wilmington, Delaware, Scholarly Resources Inc., 1998.
- Church, Frederic, *Chimborazo*, 1864.
- Deler, Jean-Paul, *Ecuador: del espacio al Estado nacional*, Quito, IFEA/UASB/Corporación Editora Nacional, 2007.
- Howat, John K., *Frederic Church*, New Haven and London, Yale UP, 2005.
- Kennedy-Troya, Alexandra, “El territorio y el paisaje: una declaración de principios”, en Alexandra Kennedy-Troya, edit., *Escenarios para una patria: paisajismo ecuatoriano 1850-1930*, Quito, Museo de la Ciudad, 2008.
- “Paisajes Patrios. Arte y la literatura ecuatorianos de los siglos XIX y XX”, en Alexandra Kennedy-Troya, edit., *Escenarios para una patria: paisajismo ecuatoriano 1850-1930*, Quito, Museo de la Ciudad, 2008.
- Leonhardt Abram, Matthias, “Los Andes en el corazón. Intérpretes del paisaje”, en Alexandra Kennedy-Troya, edit., *Escenarios para una patria: Paisajismo ecuatoriano 1850-1930*, Quito, Museo de la Ciudad, 2008.
- Martínez, Luis A., *A la costa* [1904], Quito, Libresa, 2007.
- *Andinismo, arte y literatura*, Colección Tierra Incógnita, vol. II, Quito, Aby-Yala, 1994.
- *Catecismo de Agricultura*, Quito, Imprenta Nacional, 1905.
- *La agricultura ecuatoriana*, vol. 1, Ambato, Imprenta Comercial de S.R. Porras, 1903.
- Mignolo, Walter, *Local Histories/Global Designs*, Princeton, Princeton University Press, 2000.
- Paz y Miño Cepeda, Juan J., “La época cacaotera en Ecuador”, en Sonia Fernández Rueda, edit., *El ferrocarril de Alfaro: el sueño de la integración*, Quito, TEHIS/Corporación Editora Nacional, 2008.
- Reid, John T., “An Aspect of Symbolic Nationalism in Spanish America: Aspirations and Emblems”, en *Hispania*, vol. 40, No. 1 (marzo 1957).
- Rojas, Ángel, “La novela ecuatoriana: primera parte, 1830-1895”, en *Historiografía ecuatoriana*, Quito, Banco Central del Ecuador/Corporación Editora Nacional, 1985.
- Sagredo Baeza, Rafael, “Actores políticos en los catecismos patriotas y republicanos americanos: 1810-1827”, en *Historia Mexicana*, vol. 45, No. 3 (enero-marzo, 1996).